

CAPÍTULO I

1

Tom estaba construyendo una casa en un gran valle, al pie de la empinada ladera de una colina y junto a un burbujeante y límpido arroyo.

Los muros alcanzaban un metro de altura y seguían subiendo rápidamente. Los dos albañiles que Tom había contratado trabajaban sin prisa aunque sin pausa de sol a sol, con sus paletas, mientras el peón que los acompañaba sudaba bajo el peso de los grandes bloques de piedra. Alfred, el hijo de Tom, estaba mezclando argamasa, cantando en voz alta al tiempo que arrojaba paletadas de arena en un pilón. Junto a Tom había también un carpintero, que en su banco de trabajo tallaba cuidadosamente un trozo de abedul con una azuela.

Alfred tenía catorce años y era alto como Tom. Éste superaba en una cabeza a la mayoría de los hombres y Alfred sólo medía unos cinco centímetros menos y seguía creciendo. Físicamente también eran parecidos. Ambos tenían el pelo castaño claro y los ojos verdosos con motas color marrón. La gente decía que los dos eran bien parecidos. Lo que más los diferenciaba era la barba. La de Tom era castaña y rizada, mientras que Alfred sólo podía presumir de una hermosa pelusa rubia. Tom recordaba con cariño que había habido un tiempo en que su hijo tenía el pelo de ese mismo color. Ahora Alfred estaba convirtién-

dose en un hombre, y Tom hubiera deseado que se tomara algo más de interés por el trabajo, porque aún tenía mucho que aprender para ser albañil como su padre. Pero hasta el momento los principios de la construcción sólo parecían aburrir y confundir al muchacho.

Cuando la casa estuviera terminada sería la más lujosa en muchos kilómetros a la redonda. La planta baja se utilizaría como almacén, y su techo abovedado evitaría el peligro de incendio. La gran sala, que en realidad era donde la gente hacía su vida, estaría encima y se accedería a ella por una escalera exterior. La altura haría que resultase difícil atacar la casa y en cambio muy fácil defenderla. Adosada al muro de la sala habría una chimenea que expulsaría el humo del hogar. Se trataba de una innovación impresionante. Tom sólo había visto una casa con chimenea, pero le había parecido una idea tan excelente que de inmediato se sintió dispuesto a copiarla. En un extremo de la casa, encima de la sala, habría un pequeño dormitorio, porque eso era lo que ahora exigían las hijas de los condes, demasiado delicadas para dormir en la sala con los hombres, las mozas de la servidumbre y los perros de caza. La cocina la construiría aparte, pues más tarde o más temprano todas se incendiaban y el único remedio era que estuviesen alejadas y conformarse con que la comida llegara tibia a la mesa.

Tom estaba haciendo la puerta de entrada. Las jambas debían ser redondas para que diesen la impresión de columnas, un toque de distinción para los nobles recién casados que habitarían la casa. Sin apartar la vista de la plantilla de madera modelada, Tom colocó su cincel en posición oblicua contra la piedra y lo golpeó suavemente con el gran martillo de madera. De la superficie se desprendieron unos pequeños fragmentos. Repitió la operación. La superficie estaba quedando tan redondeada y lisa como la de una catedral.

En otro tiempo Tom había trabajado precisamente en una catedral, la de Exeter. Al principio lo hizo como si se tratara de un trabajo más, y se sintió molesto y resentido

cuando el maestro constructor le advirtió que su trabajo no se ajustaba del todo a las exigencias requeridas, ya que él tenía el convencimiento de que era bastante más cuidadoso que la mayoría de los albañiles. Sin embargo, pronto comprendió que no bastaba que los muros de una catedral estuvieran bien contruidos. Tenían que ser perfectos, porque una catedral era para Dios y también porque siendo un edificio tan grande la más leve inclinación de los muros, la más insignificante variación en el nivel podía debilitar la estructura de forma fatal. El resentimiento de Tom se transformó en fascinación. La combinación de un edificio enormemente ambicioso con la más estricta atención al más ínfimo detalle, le abrió los ojos a la maravilla de su oficio. Del maestro de Exeter aprendió lo importante de la proporción, el simbolismo de diversos números y las fórmulas casi mágicas para lograr el grosor exacto de un muro o el ángulo de un peldaño en una escalera de caracol. Todas esas cosas le cautivaban. Y quedó verdaderamente sorprendido al enterarse de que muchos albañiles las encontraban incomprensibles.

Al cabo de un tiempo se había convertido en la mano derecha del maestro constructor, y fue entonces cuando empezó a darse cuenta de las limitaciones del maestro. El hombre era un gran artesano, pero un organizador incompetente. Se encontraba absolutamente desconcertado ante problemas tales como el modo de conseguir la cantidad de piedra exacta para no romper el ritmo de los albañiles, el asegurarse de que el herrero hiciera un número suficiente de herramientas útiles, el quemar cal y acarrear arena para quienes hacían la argamasa, el talar árboles para los carpinteros y recaudar el suficiente dinero del cabildo de la catedral para pagar por todo ello.

De haber permanecido en Exeter hasta la muerte del maestro constructor, era posible que hubiera llegado a reemplazarlo en su puesto, pero el cabildo se quedó sin dinero, en parte a causa de la mala administración de aquél, y los artesanos debieron irse a otra parte en busca de trabajo. El gobernador de Exeter le ofreció el puesto de cons-

tractor, para reparar y mejorar las fortificaciones de la ciudad. Sería un trabajo para toda la vida, salvo imprevistos, pero Tom lo rechazó porque quería participar en la construcción de otra catedral.

Agnes, su mujer, jamás comprendió esa decisión. Podían haber tenido una buena casa de piedra, criados y establos, y todas las noches habría carne sobre la mesa a la hora de la cena. Jamás perdonó a Tom que rechazara aquel trabajo. No atinaba a comprender aquel terrible deseo por construir una catedral, provocado por la sorprendente complejidad de la organización, el desafío intelectual de los cálculos, la imponente belleza y grandiosidad del edificio acabado. Una vez que Tom hubo paladeado ese vino, nunca más pudo satisfacerle otro inferior.

Desde entonces habían pasado diez años y jamás habían permanecido por mucho tiempo en un mismo sitio. Tanto proyectaba una nueva sala capitular para un monasterio como trabajaba uno o dos años en un castillo o construía una casa en la ciudad para algún rico mercader. Pero tan pronto como ahorraba algún dinero se ponía en marcha con su mujer y sus hijos en busca de otra catedral.

Alzó la vista que mantenía fija en el banco y vio a Agnes en el linde del solar, con un cesto de comida en una mano y sujetando con la otra un gran cántaro que llevaba apoyado en la cadera. Era mediodía. Tom la miró con cariño. Nadie diría nunca de ella que era bonita, pero su rostro rebosaba fortaleza. Poseía una frente ancha, grandes ojos pardos, nariz recta y una mandíbula vigorosa. Llevaba el cabello, oscuro y recio, recogido en la nuca. Era el alma gemela de Tom.

Sirvió la cerveza para Tom y Alfred. Los tres permanecieron allí por un instante, bebiendo cerveza en tazas de madera. Y entonces, de entre los trigales, apareció saltando el cuarto miembro de la familia, Martha, bonita como un narciso, pero un narciso al que le faltara un pétalo, porque tenía un hueco entre los dientes de leche. Corrió hacia Tom, le besó la polvorienta barba y le pidió un pequeño sorbo de cerveza. Él abrazó su cuerpecillo huesudo.

–No bebas mucho o te caerás en una acequia –le advirtió. La niña avanzó en círculo tambaleándose, simulando estar bebida.

Todos se sentaron sobre un montón de leña. Agnes le tendió a Tom un pedazo de pan de trigo, una gruesa tajada de tocino hervido y una cebolla pequeña. Tom dio un bocado al tocino y empezó a pelar la cebolla. Después de asegurarse de que sus hijos comieran, Agnes comenzó a dar cuenta de su ración. Tal vez fue una irresponsabilidad rechazar aquel aburrido trabajo en Exeter e irme en busca de una catedral que construir, se dijo Tom, pero siempre he sido capaz de alimentarlos a todos pese a mi temeridad.

Del bolsillo delantero de su mandil sacó un cuchillo, cortó un trozo de cebolla y lo comió con un bocado de pan. Paladeó el sabor dulce y picante a la vez.

–Vuelvo a estar preñada –anunció Agnes.

Tom dejó de masticar y la miró fijamente. Sintió un escalofrío de placer. Una sonrisa de azoramiento se dibujó en su rostro, y no supo qué decir.

–Es sorprendente, ¿no? –añadió ella, ruborizándose.

Tom la abrazó.

–Bueno, bueno –dijo sin dejar de sonreír–. Otro bebé para tirarme de la barba. ¡Y yo que pensaba que el próximo sería el de Alfred!

–No te las prometas tan felices todavía –le advirtió Agnes–. Trae mala suerte nombrar a un niño antes de que nazca.

Tom hizo un gesto de asentimiento. Agnes había tenido varios abortos, un niño que había nacido muerto y otra chiquilla, Matilda, que sólo había vivido dos años.

–Me gustaría que fuera un niño, ahora que Alfred ya es mayor. ¿Para cuándo será?

–Después de Navidad.

Tom empezó a hacer cálculos. La estructura de la casa estaría acabada cuando llegasen las primeras heladas, y entonces habría que cubrir con paja toda la obra de piedra para protegerla durante el invierno. Los albañiles pasarían

los meses de frío cortando piedras para las ventanas y bóvedas, los marcos de las puertas y la chimenea, mientras que el carpintero haría las tablas para el suelo, las puertas y las ventanas, y Tom se encargaría del andamiaje para el trabajo en la parte alta y pondrían el tejado. Aquel trabajo daría de comer a la familia hasta Pentecostés, y para entonces el bebé tendría ya seis meses. Luego se pondrían de nuevo en marcha.

—Bueno —dijo él, contento—. Todo irá bien. —Dio otro bocado a la cebolla.

—Soy demasiado vieja para seguir pariendo hijos —se quejó Agnes—. Éste tiene que ser el último.

Tom permaneció pensativo. No estaba seguro de cuántos años tenía su esposa, pero muchas mujeres concebían hijos en esa época de su vida, aunque era cierto que sufrían más a medida que se hacían mayores y que los niños no eran tan fuertes. Sin duda, Agnes estaba en lo cierto, pero ¿cómo asegurarse de que no volvería a concebir? De inmediato comprendió cómo podía evitarse, y su buen humor desapareció.

—Quizá consiga encontrar un buen trabajo en una ciudad —dijo, intentando contentarla—. Una catedral o un palacio. Y entonces podremos tener una gran casa con suelos de madera y una sirvienta para ayudarte con el bebé.

—Es posible —repuso ella con escepticismo, y sus facciones se endurecieron. No le gustaba oír hablar de catedrales. Si Tom nunca hubiera trabajado en una, decía su cara, en aquellos momentos ella podría estar viviendo en una casa de la ciudad, con dinero ahorrado y oculto bajo la chimenea y sin la menor preocupación.

Tom apartó la mirada y dio otro mordisco al tocino. Tenían algo que celebrar, pero estaban en desacuerdo. Se sentía decepcionado. Siguió masticando durante un rato y luego oyó los cascos de un caballo. Ladeó la cabeza para escuchar mejor. El jinete se acercaba a través de los árboles desde el camino cogiendo un atajo y evitando el pueblo.

Al cabo de un instante apareció un muchacho monta-

do en un poni. Parecía un escudero, una especie de aprendiz de caballero.

–Tu señor viene de camino –anunció, apeándose.

–¿Te refieres a lord Percy? –Tom se puso de pie. Percy Hamleigh era uno de los hombres más importantes del país. Poseía aquel valle y otros muchos, y era quien pagaba la construcción de la casa.

–A su hijo –puntualizó el escudero.

–El joven William. –Era el hijo de Percy y quien había de ocupar aquella casa después de su matrimonio. Estaba prometido a lady Aliena, la hija del conde de Shiring.

–El mismo. –El escudero asintió–. Y está furioso.

A Tom se le cayó el mundo encima. En las mejores condiciones era difícil tratar con el propietario de una casa en construcción, pero con un propietario enfurecido resultaba prácticamente imposible.

–¿Por qué está furioso?

–Su novia lo ha rechazado.

–¿La hija del conde? –preguntó Tom, sorprendido. Le asaltó el temor. Hacía un momento que había estado pensando en lo seguro que se presentaba el futuro–. Pensé que todo estaba ya decidido.

–Eso creíamos todos... salvo, al parecer, lady Aliena –respondió el escudero–. Nada más conocerlo declaró que no se casaría con él ni por todo el oro del mundo.

Tom frunció el entrecejo, preocupado. Se negaba a admitir que aquello fuera verdad.

–Pero creo recordar que el muchacho no es mal parecido.

–Como si eso importara en su posición –intervino Agnes–. Si se dejara a las hijas de los condes casarse con quienes quisieran, todos estaríamos gobernados por juglares ambulantes o proscritos de ojos oscuros.

–Quizá la joven cambie de opinión –musitó Tom, esperanzado.

–Lo hará si su madre la sacude con una buena vara de abedul –dijo Agnes.

–Su madre ha muerto –informó el escudero.

Agnes hizo un gesto de asentimiento.

–Eso explica el que no conozca la realidad de la vida; pero no veo por qué su padre no puede obligarla.

–Al parecer, en cierta ocasión hizo la promesa de que jamás la obligaría a casarse con alguien a quien aborreciera –les aclaró el escudero.

–Una promesa necia –comentó Tom con irritación. ¿Cómo era posible que un hombre poderoso aceptara sin más el capricho de una muchacha? Su matrimonio podría influir en alianzas militares, finanzas baroniales..., incluso en la construcción de aquella casa.

–Tiene un hermano –dijo el escudero–, de manera que no es tan importante con quién pueda casarse ella.

–Aun así...

–Y el conde es un hombre inflexible –prosiguió el muchacho–. No faltará a una promesa, ni siquiera a la que haya hecho a una niña. –Se encogió de hombros–. Al menos eso es lo que dicen.

Tom se quedó mirando los bajos muros de piedra de la casa en construcción. Advirtió con inquietud que todavía no había ahorrado el dinero suficiente para mantener a su familia durante el invierno.

–Tal vez el muchacho encuentre otra novia con la que compartir esta casa. Tiene todo el condado para escoger.

–¡Por Dios! Creo que ahí está –anunció Alfred con su voz quebrada de adolescente.

Siguiendo su mirada, todos dirigieron la vista hacia el otro extremo del campo. Desde el pueblo llegaba un caballo a galope, levantando una nube de polvo por el sendero. La exclamación de Alfred había sido provocada tanto por el tamaño como por la velocidad del caballo. Era enorme. Tom ya había visto animales como aquél, pero tal vez no fuera ése el caso de Alfred. Se trataba de un caballo de batalla, tan alto de cruz que alcanzaba la barbilla de un hombre, y de anchura proporcional. En Inglaterra no se criaban semejantes caballos de guerra sino que procedían de ultramar y eran extraordinariamente caros.

Tom metió lo que le quedaba del pan en el bolsillo de

su mandil y luego, entornando los ojos para protegerse del sol, miró a través del campo. El caballo tenía las orejas amusgadas y los ollares palpitantes, pero a Tom le pareció que llevaba la cabeza bien levantada, prueba de que aún seguía bajo control. El jinete, seguro de sí mismo, se echó hacia atrás al acercarse, tirando de las riendas, y el animal pareció reducir algo la marcha. Tom podía sentir ya el redoble de sus cascos en el suelo. Echó una mirada en derredor buscando a Martha, para recogerla y evitar que pudieran hacerle daño. A Agnes también se le había ocurrido la misma idea, pero no se veía a Martha por ninguna parte.

—En los trigales —dijo Agnes. Tom, que ya había pensado en ello, corría hacia el linde del campo. Escudriñó entre el ondulante trigo, con temor, pero no vio a la niña.

Lo único que se le ocurrió fue intentar que el caballo redujera la marcha. Salió al sendero y empezó a caminar hacia el corcel que avanzaba, agitando los brazos. El animal lo vio, alzó la cabeza y redujo la velocidad de manera perceptible. Sin embargo, y ante el horror de Tom, el jinete lo espoleó.

—¡Maldito loco! —exclamó Tom aun cuando el jinete no pudo oírle.

Y entonces fue cuando Martha salió de los trigales y avanzó hacia el sendero sólo unos metros por delante de Tom.

Por un instante Tom quedó petrificado por el pánico. Luego echó a correr hacia su hija, gritando y agitando los brazos. Pero aquél era un caballo de guerra adiestrado para cargar contra hordas vociferantes y no se inmutó. Martha permanecía en medio del angosto sendero, mirando como hipnotizada el enorme animal que se le venía encima. Por un instante Tom comprendió con desesperación que no llegaría hasta su hija antes que el caballo. Se hizo a un lado, rozando con un brazo el trigo alto, y en el último instante el caballo se desvió hacia el otro lado. El estribo del jinete rozó el hermoso pelo de Martha. Uno de los cascos hizo un profundo hoyo en la tierra junto al pie descalzo de la niña. Luego, el caballo se alejó de ellos, cubriendo a

ambos de tierra y polvo. Tom abrazó a la niña con fuerza contra su pecho.

Permaneció un momento inmóvil jadeando aliviado, con las piernas y los brazos temblorosos y un nudo en el estómago. Pero de inmediato se sintió invadido por la ira ante la incalificable temeridad de aquel estúpido jinete. Levantó furioso la mirada. Lord William estaba refrenando su montura. El caballo se desvió para evitar el edificio en construcción. Sacudió violentamente la cabeza y se puso de manos, pero William permaneció firme. Le hizo ir a medio galope y, luego al trote, formando un amplio círculo.

Martha estaba llorando. Tom se la dio a Agnes y esperó a William. El joven lord era un muchacho alto y corpulento, de unos veinte años, pelo rubio y ojos tan rasgados que daba la impresión de tenerlos entornados por el sol. Vestía una túnica corta y negra con unas calzas negras y zapatos de cuero con correas que se entrecruzaban hasta las rodillas. Se mantenía erguido sobre el caballo y no parecía en modo alguno afectado por lo ocurrido. Ese estúpido ni siquiera sabe lo que ha hecho, pensó Tom con amargura. Me gustaría retorcerle el pescuezo.

William detuvo el caballo ante el montón de leña y, dirigiéndose a la familia de constructores, preguntó:

—¿Quién está a cargo de esto?

Tom sentía deseos de decirle: «Si hubieras hecho daño a mi pequeña te habría matado», pero dominando a duras penas la ira, se acercó al caballo y lo sujetó por la brida.

—Soy el maestro constructor —repuso lacónico—. Me llamo Tom.

—Esta casa ya no se necesita —dijo William—. Despide a tus hombres.

Aquello era lo que Tom había temido, pero aún tenía la esperanza de que William estuviera actuando impelido por su enfado y de que lograra persuadirlo para que cambiara de opinión. Hizo un esfuerzo para hablar con tono cordial y razonable.

—Se ha trabajado mucho —dijo—. ¿Por qué dilapidar lo que habéis gastado? Algún día necesitaréis la casa.

—No me expliques cómo tengo que manejar mis asuntos, Tom Builder —replicó William—. Estáis todos despedidos. —Sacudió una rienda, pero Tom seguía sujetando la brida—. Suelta esa rienda —añadió con tono amenazador.

Tom tragó saliva. En un instante William haría levantar la cabeza al caballo. Tom se metió la mano en el bolsillo del mandil y sacó el trozo de pan que le había sobrado de la comida. Se lo tendió al caballo, que bajó la cabeza y lo tomó entre los dientes.

—Debo agregar algo antes de que os vayáis, mi señor —dijo con tono tranquilo.

—Suelta el caballo o te cortaré la cabeza.

Tom lo miró directamente a los ojos tratando de ocultar su miedo. Él era más corpulento que William, pero de poco le serviría si el joven lord sacaba su espada.

—Haz lo que te dice el señor —musitó Agnes, temerosa.

Se produjo un silencio mortal. Los demás trabajadores permanecían inmóviles, observando. Tom sabía que lo prudente era ceder, pero William había estado a punto de pisotear con su caballo a su pequeña, y ello lo había puesto furioso.

—Tenéis que pagarnos —dijo con el corazón desbocado.

William tiró de las riendas, pero Tom siguió sujetándolas con firmeza mientras el caballo hurgaba con el hocico en el bolsillo del mandil de Tom en busca de más comida.

—¡Dirigíos a mi padre para cobrar lo que se os debe! —exclamó William, furioso.

—Así lo haremos, mi señor. Os estamos muy agradecidos —dijo el carpintero con voz aterrada.

¡Maldito cobarde!, pensó Tom, aunque él mismo estaba temblando.

—Si queréis despedirnos tenéis que pagarnos de acuerdo con la costumbre —se forzó a decir pese a todo—. La casa de vuestro padre está a dos días de viaje, y para cuando lleguemos es posible que él ya no se encuentre allí.

—Muchos hombres han muerto por menos que esto —le advirtió William, que tenía las mejillas enrojecidas por la ira.

Con el rabillo del ojo Tom vio al joven lord llevar la mano sobre la empuñadura de su espada. Sabía que había llegado el momento de ceder y presentar excusas, pero estaba enfadado, a pesar del miedo que sentía no se resignaba a soltar las bridas.

–Pagadnos primero y luego matadme –dijo con temeridad–. Tal vez os cuelguen o tal vez no, pero más tarde o más temprano moriréis, y entonces yo estaré en el cielo y vos en el infierno.

William palideció y su sonrisa de desprecio se convirtió en una mueca. Tom estaba sorprendido. ¿Qué era lo que había asustado al muchacho? Con toda seguridad no había sido la mención del ahorcamiento. En realidad no era nada probable que ahorcaran a un lord por la muerte de un artesano. ¿Acaso le aterraba el infierno?

Por unos breves instantes permanecieron mirándose fijamente. Tom observó con asombro y alivio cómo la expresión de furia y desdén de William daba paso a otra de ansiedad y terror. Finalmente, William cogió una bolsa de cuero que llevaba en el cinturón y se la arrojó.

–Págales –le dijo.

Tom tentó su suerte y siguió sin soltar las riendas cuando William tiró de éstas y el caballo alzó la cabeza y avanzó de lado.

–La costumbre es que cuando se despide a un artesano hay que pagar una semana completa de salario –dijo. Detrás de él oyó a Agnes dar un resoplido, y supo que lo consideraba un loco por prolongar aquel enfrentamiento, pero pese a ello continuó, impasible–: De manera que serán seis peniques para el peón, doce para el carpintero y cada uno de los albañiles y veinticuatro para mí. En total, sesenta y seis peniques.

No conocía a nadie que fuera capaz de sumar peniques con tanta rapidez como él.

El escudero miraba a su amo con gesto interrogativo.

–Muy bien –dijo William, airado.

Tom soltó las riendas y dio un paso atrás.

William obligó al caballo a volverse espoleándolo con

fuerza, y avanzó desde el sendero a través de los trigales.

De repente, Tom se dejó caer sobre el montón de leña. Se preguntaba qué demonios le había pasado. Había sido una locura desafiar de aquella manera a lord William. Se consideraba afortunado de estar con vida.

El resonar de los cascotes del corcel de William fue perdiéndose en la lejanía. Tom vació la bolsa sobre una tabla y sintió una oleada de triunfo mientras escuchaba el tintineo de los peniques de plata al caer bajo la luz del sol. Había sido una locura, pero dio resultado. Había logrado un pago justo tanto para él como para los hombres que trabajaban a sus órdenes.

–Incluso los señores han de actuar según las costumbres –susurró casi para sí.

–Confiemos en que nunca tengas que pedir trabajo a lord William –dijo Agnes.

Tom la miró y sonrió. Era perfectamente consciente de que el mal humor de su esposa se debía a que había pasado mucho miedo.

–No frunzas tanto el entrecejo o cuando nazca el niño sólo tendrás leche agria en los pechos.

–No podremos comer a menos que encuentres trabajo para el invierno.

–Aún falta mucho para que llegue el invierno –repuso Tom.

2

Pasaron el verano en el pueblo. Más adelante considerarían la decisión terriblemente equivocada, pero en aquel momento les pareció la más acertada, porque tanto Tom como Agnes y Alfred podían ganarse un penique diario cada uno trabajando en los campos durante la cosecha. Cuando al llegar el otoño se pusieron en marcha, poseían una pesada bolsa llena de peniques de plata y un cerdo bien cebado.

La primera noche la pasaron en el porche de la iglesia

de un pueblo, pero la segunda encontraron un priorato y disfrutaron de la hospitalidad de los monjes. Al tercer día se encontraron en el corazón de Chute Forest, una vasta extensión de matorrales y monte selvático, por un camino no mucho más ancho que un carro, con la exuberante vegetación estival marchitándose entre los robles que la flanqueaban.

Tom llevaba las herramientas en una bolsa, los martillos colgados del cinturón y la capa enrollada bajo el brazo izquierdo; en la mano derecha, empuñaba su pico de hierro, que empleaba a modo de bastón. Se sentía feliz de encontrarse de nuevo en el camino. Tal vez su próximo trabajo fuera en una catedral. Podía llegar a ser maestro albañil y seguir allí el resto de su vida. Y construir una iglesia tan hermosa que le garantizara su entrada en el cielo.

Agnes llevaba sus escasas posesiones caseras dentro de la gran olla que se había atado a la espalda. Alfred tenía a su cargo las herramientas que utilizarían para construir una nueva casa en alguna parte: un hacha, una azuela, una sierra, un martillo pequeño, una lezna para hacer agujeros en el cuero y la madera y una pala. Martha era muy pequeña para llevar otra cosa que su tazón y su cuchillo atados a la cintura y su abrigo sujeto a la espalda. Sin embargo, tenía la obligación de conducir al cerdo hasta que logran venderlo en el mercado.

Tom vigilaba a Agnes mientras caminaba por aquel interminable bosque. El embarazo estaba avanzado y, aparte del fardo que soportaba sobre la espalda, llevaba un peso considerable en el vientre. Pero parecía incansable. También Alfred parecía soportarlo muy bien. Estaba en esa edad en que a los muchachos les sobra tanta energía que no saben qué hacer con ella. Sólo Martha se cansaba. Sus delgadas piernas parecían hechas para saltar de felicidad, no para largas marchas, y constantemente quedaba rezagada; los demás debían detenerse para que ella y el cerdo los alcanzaran.

Mientras caminaba, Tom iba pensando en la catedral que un día construiría. Como siempre, empezó por ima-

ginar una arcada. Era algo muy sencillo: dos verticales soportando un semicírculo. Luego pensó en otra, exactamente igual a la primera. Las unió mentalmente para formar una profunda arcada. A continuación añadió otra, y otra y muchas más, hasta tener una hilera de ellas unidas formando un túnel. Ésa era la esencia de una construcción, ya que debía tener un techo para impedir que entrara la lluvia y dos paredes que sostuvieran el techo. Una iglesia no era más que un túnel refinado.

Los túneles eran oscuros, de manera que el primer toque de refinamiento consistía en las ventanas. Si el muro era lo bastante fuerte podían hacerse agujeros en él. Éstos debían ser redondos en la parte superior, con los dos costados rectos y un alféizar plano, o sea con la misma forma que la arcada original. Una de las cosas que daban belleza a una construcción era utilizar formas similares para los arcos, las ventanas y las puertas. Otra era la regularidad, y Tom visualizó doce ventanas idénticas, separadas proporcionalmente a lo largo de cada uno de los muros del túnel.

Luego intentó visualizar las molduras sobre las ventanas, pero continuamente perdía la concentración. Tenía la sensación de que estaban observándolo. Claro que era una idea estúpida, se dijo, a menos, naturalmente, que estuvieran observándolos las aves, los zorros, los gatos, las ardillas, las ratas, los ratones, los hurones, los armiños y los campanoles que poblaban el bosque.

Al mediodía se sentaron junto a un arroyo. Bebieron su agua pura y comieron beicon frío y manzanas silvestres.

Por la tarde, Martha estaba cansada. Hubo un momento en que quedó rezagada unos cien metros. Mientras esperaban a que la niña los alcanzara, Tom recordaba a Alfred cuando tenía su misma edad. Había sido un chiquillo guapo, de cabello dorado, vigoroso y audaz. Tom sintió una mezcla de cariño e irritación mientras observaba a Martha reprender al cerdo por su lentitud. De repente, unos pasos por delante de la niña surgió una figura de los matorrales. Fue tan rápido lo que ocurrió después que Tom apenas podía creerlo. El hombre que apareció de

súbito blandía una cachiporra. Tom sintió que le subía a la garganta un grito de terror, pero antes de que lograrse emitir sonido alguno el hombre descargó la cachiporra sobre Martha. Le dio de pleno en un lado de la cabeza y hasta Tom llegó el espantoso sonido del impacto. La niña cayó al suelo como una muñeca desmadejada.

Tom echó a correr hacia ellos; sobre la dura tierra del camino sus pies sonaban como los cascos del corcel de William. Mientras corría veía lo que estaba pasando, pero era como contemplar una pintura en la parte alta del muro de una iglesia, porque era capaz de verla pero nada podía hacer para cambiarla. El atacante era un proscrito, sin lugar a dudas. Se trataba de un hombre bajo y fornido que vestía una blusa marrón e iba descalzo. Por un instante miró fijamente a Tom, quien observó que tenía el rostro horriblemente mutilado. Le habían cortado los labios, probablemente como castigo por un crimen en el que había tenido el papel destacado la mentira, y su boca, contraída por el tejido de la cicatriz, presentaba una mueca repulsiva. Aquella visión habría hecho pararse a Tom en seco de no haber sido por el cuerpecillo postrado de Martha.

El proscrito apartó la mirada de Tom y la fijó en el cerdo. Lo agarró con la rapidez de un rayo y se lo metió debajo del brazo. Luego desapareció de nuevo entre la enmarañada maleza, llevándose la única propiedad valiosa de la familia.

Tom se arrodilló al lado de Martha. Puso su ancha mano sobre el pequeño pecho de la niña y sintió latir su corazón con regularidad y fuerza, lo que hizo que sus peores temores se desvanecieran. Sin embargo, seguía con los ojos cerrados y tenía el cabello manchado de sangre roja y brillante.

Al cabo de un instante Agnes se arrodilló junto a él. Aplicó la mano al pecho, la muñeca y la frente de Martha, y luego dirigió una firme mirada a su esposo.

—Vivirá—dijo con voz tensa—. Ahora ve a recuperar ese cerdo.

Tom se liberó rápidamente del saco de herramientas y

lo dejó caer en el suelo. Con la mano izquierda cogió su gran martillo de hierro. Con la derecha seguía sujetando el pico. Observó los matorrales aplastados por donde había llegado y se había ido el ladrón, y oyó los gruñidos del cerdo por el bosque. Se adentró en la maleza.

Resultaba fácil seguir el rastro. El proscrito era un hombre de constitución pesada, que corría con un cerdo retorciéndose debajo del brazo y había abierto una ancha senda a través de la vegetación, aplastando sin miramientos flores, arbustos e incluso árboles jóvenes. Tom se lanzó furioso tras él, impaciente por echarle mano y golpearlo hasta dejarlo sin sentido. Atravesó, aplastándola, una espesura de pimpollos de abedul, rodó por una vertiente y chapoteó al cruzar una ciénaga que lo condujo hasta un angosto sendero, en el que se detuvo. El ladrón podía haber seguido por la izquierda o por la derecha, y ya no había rastros que mostraran el camino; pero Tom aguzó el oído y oyó gruñir al cerdo hacia la izquierda. También oyó a alguien corriendo por el bosque detrás de él. Lo más probable es que se tratara de Alfred. Corrió en busca del cerdo.

El sendero lo condujo hasta una hondonada; luego torcía bruscamente y empezaba a ascender de nuevo. Ahora ya podía oír claramente al animal. Siguió subiendo por la colina, respirando con dificultad; todos aquellos años de aspirar polvo de piedra habían debilitado sus pulmones. De repente, el sendero se hizo plano y Tom vio al ladrón, que a sólo veinte o treinta metros de distancia corría como si le persiguieran todos los demonios. Hizo un esfuerzo supremo y de nuevo empezó a ganar terreno. Si podía continuar a aquel ritmo sin duda lo agarraría, ya que un hombre con un cerdo no puede correr tan deprisa como otro que no tenga que cargar con peso alguno. Pero ahora le dolía el pecho. El ladrón estaba a quince metros de distancia, a doce. Tom alzó el pico sobre su cabeza, a modo de lanza. Cuando se hallase un poco más cerca lo arrojaría contra el proscrito. Once metros, diez...

Un instante antes de lanzar el pico avistó con el rabillo del ojo una cara flaca con una gorra verde que emergía

de los matorrales que bordeaban el sendero. Era demasiado tarde para desviarse. Lanzaron frente a él una pesada estaca que lo hizo tropezar y caer al suelo.

Había soltado el pico, pero aún tenía el martillo en la mano. Rodó por el suelo y se incorporó sobre una rodilla. Advirtió que eran dos: el de la gorra verde y un hombre calvo con una enmarañada barba blanca. Corrieron hacia Tom.

Tom se hizo a un lado y atacó con el martillo al de la gorra verde. El hombre lo esquivó, pero la enorme cabeza de hierro lo alcanzó en el hombro y le hizo emitir un alarido de dolor. Se dejó caer al suelo sujetándose el brazo como si lo tuviera roto. Tom no tenía tiempo de levantar nuevamente el martillo para asestar otro golpe demoledor antes de que el hombre calvo lo atacara a su vez, de manera que descargó el martillo contra la cara de su atacante.

Los dos hombres huyeron, atentos sólo a sus heridas. Tom comprendió que ya no se animarían a agredirlo. Dio media vuelta. El ladrón seguía huyendo por el sendero. Tom reanudó la persecución, haciendo caso omiso del dolor que sentía en el pecho, pero apenas había corrido unos cuantos metros cuando oyó una voz familiar que gritaba a su espalda.

Alfred.

Se detuvo y volvió la vista atrás.

Alfred estaba peleando con los dos hombres, con los puños y los pies. Golpeó tres o cuatro veces en la cabeza al de la gorra verde y luego asestó varios puntapiés en las espinillas al hombre calvo. Pero los dos hombres lo cercaron de tal manera que Alfred ya no podía defenderse con la fuerza suficiente. Tom vaciló entre seguir tras el cerdo o rescatar a su hijo, pero entonces el calvo le puso una zancadilla a Alfred y al caer al suelo el muchacho los dos hombres se lanzaron sobre él y comenzaron a golpearlo en la cara y en el cuerpo.

Tom corrió hacia ellos. Se lanzó contra el calvo, arrojándolo de una embestida a los matorrales y luego, volviéndose, atacó martillo en ristre al de la gorra verde. El hom-

bre, que ya había sentido los efectos de aquel martillo y que seguía sin poder utilizar más que un brazo, esquivó el primer golpe, dio media vuelta y corrió hacia los matorrales en busca de protección.

Tom se volvió y vio alejarse al hombre calvo por el sendero. Luego miró en dirección contraria. El ladrón con el cerdo había desaparecido de la vista. Masculló un juramento. Aquel cerdo representaba la mitad de cuanto había ahorrado durante el verano. Se sentó, jadeando, en el suelo.

—¡Los hemos vencido! —exclamó excitado Alfred.

Tom lo miró.

—Sí, pero se han llevado nuestro cerdo —dijo.

Habían comprado aquel animal en primavera, en cuanto hubieron ahorrado suficientes peniques, y habían estado engordándolo durante todo el verano. Un cerdo bien cebado podía venderse por sesenta peniques. Con algunas coles y un saco de grano podía alimentar durante todo el invierno a una familia, y además con su piel era posible obtener un par de zapatos y una o dos bolsas. Su pérdida era una catástrofe.

Tom miró con envidia a Alfred, que ya se había recuperado de la persecución y de la pelea y que esperaba impaciente. Qué lejos han quedado esos tiempos, en que yo era capaz de correr como el viento sin sentir apenas los latidos del corazón, pensó. Precisamente cuando tenía su misma edad..., hace veinte años. Veinte años. Parece que hubiese sido ayer.

Se puso de pie.

Pasó el brazo por los anchos hombros de Alfred mientras regresaban por el sendero. El muchacho todavía era un poco más bajo que su padre, aunque pronto lo alcanzaría e incluso lo sobrepasaría. Espero que también crezca su entendimiento, se dijo Tom.

—Cualquier imbécil puede tomar parte en una pelea, pero el hombre prudente sabe mantenerse lejos de ella —dijo.

Alfred lo miró sin comprender. Salieron del sendero, cruzaron el terreno pantanoso y empezaron a subir por la

ladera, siguiendo en sentido inverso el rastro que había dejado el ladrón. Mientras atravesaban el bosquecillo de abedules, Tom pensó en Martha y una vez más sintió que le hervía la sangre. El proscrito la había golpeado sin necesidad, ya que no representaba amenaza alguna para él.

Tom apretó el paso y un momento después salieron al camino. Martha permanecía tumbada en el mismo lugar. Tenía los ojos cerrados y la sangre empezaba a secarse en el pelo. Agnes estaba arrodillada junto a ella, y sorprendentemente había también otra mujer y un muchacho. Se le ocurrió pensar que no era tan extraño que a primera hora de aquel día se hubiera sentido observado, ya que al parecer por el bosque pululaba mucha gente. Tom se inclinó y puso nuevamente la mano sobre el pecho de su hija. Respiraba con normalidad.

—Pronto despertará —dijo la desconocida con tono autoritario—. Luego vomitará y después estará bien.

Tom la miró con curiosidad. Estaba arrodillada al lado de Martha. Era joven; quizá tuviera una docena de años menos que Tom. Su túnica corta, de cuero, dejaba al descubierto unas esbeltas y morenas piernas. Tenía una cara bonita, y el nacimiento de su cabellera castaña formaba un pico de viuda en su frente. Tom sintió el aguijón del deseo. Entonces ella levantó la vista para mirarlo, y él se sobresaltó. Tenía unos ojos intensos, muy separados, de un desusado color de miel dorada y oscura que conferían a su rostro un aspecto mágico. Tuvo la certeza de que ella sabía lo que él había estado pensando.

Apartó la mirada de la mujer para disimular su turbación y se encontró con los ojos de Agnes. Parecía resentida.

—¿Dónde está el cerdo? —preguntó.

—Nos encontramos con otros dos proscritos —dijo Tom.

—Les sacudimos bien, pero el del cerdo logró escapar —añadió Alfred.

Agnes tenía una expresión severa, pero guardó silencio.

—Podemos llevar a la niña a la sombra si lo hacemos con cuidado —dijo la desconocida al tiempo que se ponía de pie.

Tom advirtió entonces que era pequeña, al menos treinta centímetros más baja que él. Se inclinó y cogió con sumo cuidado a Martha. Casi no sentía el peso de la niña. Avanzó unos cuantos pasos por el camino y la depositó sobre la hierba, a la sombra de un viejo roble. Seguía sin recuperar la conciencia.

Alfred estaba recogiendo las herramientas que habían quedado desperdigadas por el camino durante la pelea. El niño que acompañaba a la desconocida lo miraba con expresión de asombro, sin pronunciar palabra. Debía de tener unos tres años menos que Alfred y era un muchacho de aspecto peculiar, observó Tom, sin nada de la belleza sensual de su madre. Su tez era muy pálida, el pelo de un rojo anaranjado y los ojos azules, ligeramente saltones. Tom se dijo que tenía la mirada estúpidamente alerta de un zoquete; era la clase de chico que, o bien moría joven o sobrevivía para convertirse en el tonto del pueblo. Alfred se sentía visiblemente incómodo bajo su mirada.

Mientras Tom los observaba, el niño cogió la sierra de las manos de Alfred, sin decir nada, y la examinó como si se tratara de algo asombroso. Alfred, asombrado ante aquella descortesía, se la quitó a su vez y el muchacho la soltó con indiferencia.

—¡Compórtate como es debido, Jack! —le dijo su madre, visiblemente contrariada.

Tom la miró. El muchacho no se parecía en absoluto a ella.

—¿Eres su madre? —le preguntó Tom.

—Sí. Me llamo Ellen.

—¿Dónde está tu marido?

—Ha muerto.

Tom se mostró sorprendido.

—¿Viajas sola? —inquirió con tono de incredulidad. El bosque resultaba ya bastante peligroso para un hombre como él. Una mujer sola apenas tendría posibilidades de sobrevivir.

—No estamos viajando —repuso Ellen—. Vivimos en el bosque.

Tom se sobresaltó.

–Quieres decir que sois... –Calló, pues no quería ofenderla.

–Proscritos –dijo ella–. ¿Acaso creías que todos los proscritos eran como ese Faramond Openmouth que te ha robado el cerdo?

–Sí –respondió Tom, aunque lo que hubiera querido decir era: «Jamás pensé que un proscrito pudiera ser una mujer hermosa.» Incapaz de contener su curiosidad, preguntó–: ¿Qué crimen cometiste?

–Maldije a un sacerdote –contestó ella, apartando la mirada.

A Tom no le pareció que eso pudiera ser un delito, pero quizá aquel sacerdote tuviese gran poder o fuera muy quisquilloso. O tal vez Ellen no quisiera contar la verdad.

Miró a Martha. Poco después la niña abrió los ojos. Parecía confusa y algo asustada. Agnes se arrodilló junto a ella.

–Estás a salvo –le dijo–. No pasa nada.

Martha se incorporó y vomitó. Agnes la mantuvo abrazada hasta que los espasmos remitieron. Tom se sentía impresionado, pues la predicción de Ellen había resultado cierta. También había dicho que Martha se encontraría perfectamente bien, y al parecer también eso se cumplía. Se sintió aliviado y algo sorprendido ante la intensidad de su propia emoción. No soportaría perder a mi pequeña, se dijo, y tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. Se dio cuenta de que Ellen lo miraba comprensiva, y una vez más tuvo la impresión de que aquellos ojos de un dorado extraño podían leer hasta el fondo de su corazón.

Arrancó una ramita de roble, la despojó de sus hojas y limpió con ella la carita de Martha, que seguía estando pálida.

–Necesita descansar –dijo Ellen–. Dejadla echada el tiempo en que un hombre recorre cinco kilómetros.

Tom elevó la vista al sol. Todavía quedaba mucha luz por delante. Se acomodó para esperar. Agnes mecía suavemente a Martha en sus brazos. Jack dirigía su atención a la

niña y la miraba con la misma estúpida intensidad. Tom quería saber más cosas sobre Ellen. Se preguntó si podría persuadirla de que le contara su historia. No quería que se fuera.

—¿Cómo ocurrió todo? —preguntó con vaguedad.

Ellen volvió a mirarlo a los ojos y luego empezó a hablar.

Su padre había sido un caballero, les dijo, un hombre corpulento, fuerte y violento que quería hijos con quienes cabalgar, cazar y luchar, compañeros con quienes beber e ir de juerga por las noches. Pero en este aspecto fue el hombre más infortunado que pudo existir, ya que su mujer le obsequió con Ellen y luego murió. Y cuando volvió a casarse, su segunda esposa resultó estéril. Acabó por aborrecer a la madrastra de Ellen y finalmente la envió lejos. Debió de ser un hombre cruel, pero a Ellen no se lo parecía; lo adoraba y compartía su antipatía por su segunda mujer. Cuando la madrastra se hubo marchado, Ellen se quedó con su padre y fue creciendo en una casa donde casi todo eran hombres. Se cortó el pelo, llevaba una daga y aprendió a no jugar con gatitos ni a preocuparse por los viejos perros ciegos. Cuando tenía la edad de Martha solía escupir en el suelo, comer corazones de manzana y dar fuertes patadas a los caballos en el vientre para hacerles aspirar con fuerza y así apretarles más la cincha. Sabía que a todos los hombres que no formaban parte de la pandilla de su padre los llamaban chupapollas y a todas las mujeres que no iban con ellos, putas, aunque no estaba muy segura de lo que aquellos insultos significaban en realidad ni le importaba demasiado.

Mientras escuchaba su voz, acariciado por la suave brisa de una tarde otoñal, Tom cerró los ojos y se la imaginó como una chiquilla de pecho liso y cara sucia, sentada a la larga mesa, con los brutales camaradas de su padre bebiendo cerveza fuerte, eructando y entonando canciones sobre batallas, rapiñas y violaciones, caballos, castillos y vírgenes,

hasta quedar dormida con la pequeña y trasquilada cabeza apoyada sobre la áspera superficie de la mesa.

Si hubiera seguido teniendo el pecho liso, su vida habría sido feliz, pero llegó el día en que los hombres comenzaron a mirarla de forma distinta. Ya no soltaban risas estentóreas cuando les decía: «Quitaos de mi camino si no queréis que os arranque los cojones y se los dé de comer a los cerdos.» Algunos la contemplaban extasiados cuando se quitaba la túnica de lana y se echaba a dormir cubierta con la larga camisola de lino. Cuando hacían sus necesidades en el bosque se volvían de espaldas a ella, algo que nunca habían hecho hasta entonces.

Cierto día vio a su padre conversar seriamente con el párroco, lo cual era verdaderamente inusitado, y ambos se volvían a mirarla como si estuvieran hablando de ella. A la mañana siguiente su padre le dijo: «Vete con Henry y Everard y haz lo que te digan.» Luego la besó en la frente. Ellen se preguntó qué le ocurriría. ¿Acaso se volvía blando con la edad? Montó a lomos de su corcel gris, ya que siempre se había negado a cabalgar el palafrén propio de las damas o el poni de los niños, y se puso en marcha con los dos hombres de armas.

La llevaron a un convento y allí la dejaron.

Por todo aquel lugar sonaron los juramentos obscenos de Ellen cuando los dos hombres emprendieron el camino de regreso. Apuñaló a la abadesa y volvió a pie a la casa de su padre. Él la envió de nuevo al convento, atada de pies y manos y sujeta a la montura de un asno. La tuvieron recluida en la celda de castigo hasta que la abadesa se recuperó de las heridas. El lugar era frío, húmedo y tan oscuro como la noche, y aunque había agua para beber no tenía nada de comer. Cuando la dejaron salir huyó de nuevo a casa. Su padre volvió a enviarla al convento, y en esa ocasión la azotaron antes de meterla en la celda.

Ni que decir tiene que finalmente consiguieron que vistiese el hábito de novicia, acatara las reglas y aprendiese las oraciones, aunque en el fondo de su corazón aborreciera a las monjas, despreciara a los santos y en principio

no creyese nada de cuanto le decían sobre Dios. Pero aprendió a leer y escribir, dominó la música, los números y el dibujo e incorporó el latín al francés y el inglés que ya hablaba en casa de su padre.

En definitiva, la vida en el convento no era tan mala después de todo. Se trataba de una comunidad exclusivamente femenina, con reglas y rituales peculiares, y aquello era exactamente a lo que ella estaba acostumbrada. Todas las monjas tenían que hacer algún trabajo físico, y Ellen pronto fue destinada a trabajar con los caballos. No pasó mucho tiempo antes de que tuviera a su cargo los establos.

La pobreza jamás le preocupó. No le fue fácil obedecer, pero finalmente lo logró. La tercera regla, la castidad, nunca llegó a molestarle demasiado, aunque de vez en cuando, y sólo por fastidiar a la abadesa, descubría a alguna de las otras novicias los placeres de...

Al llegar a ese punto, Agnes interrumpió el relato de Ellen y se llevó consigo a Martha en busca de un arroyo donde limpiarle la cara y lavarle la túnica. Para que le procurase protección se llevó también a Alfred, aunque aseguró que se quedaría cerca. Jack se levantó dispuesto a seguirlos, pero Agnes le dijo con firmeza que no lo hiciera, y el muchacho pareció entender, porque volvió a sentarse. Tom comprendió que Agnes se había llevado a sus hijos para que no siguieran oyendo aquella historia indecente e impía, al tiempo que lo dejaba a él vigilado.

Cierto día, prosiguió Ellen, el palafrén de la abadesa se quedó cojo, cuando ésta llevaba varios días fuera del convento. Dio la casualidad de que el priorato de Kingsbridge estaba cerca, de manera que el prior le prestó otro caballo para que siguiera camino. Una vez de regreso en el convento, la abadesa dijo a Ellen que devolviese al priorato el caballo prestado y trajera consigo el animal cojo.

Allí, en el establo del monasterio, a la vista de la ruinoso y vieja catedral de Kingsbridge, Ellen conoció a un muchacho que parecía un animalillo maltratado. Tenía las extremidades flexibles como un cachorro y a pesar de parecer alerta, se mostraba asustado, como si le hubieran

arrancado a golpes toda su alegría y sus ganas de jugar. Al hablarle Ellen, no le entendió. Ella probó con el latín, pero no era un monje. Finalmente dijo algo en francés, lo que hizo que al muchacho se le iluminase el rostro y le contestase en la misma lengua.

Ellen jamás regresó al convento.

Desde aquel día vivió en el bosque. Primero en una tosca choza de ramas y hojas, y más adelante en una cueva seca. No había olvidado las habilidades masculinas que había aprendido en casa de su padre. Podía cazar un ciervo, poner trampas a los conejos y abatir cisnes con el arco. Era capaz de despedazar un animal muerto y guisar su carne. Incluso sabía cómo raer y curar los cueros y pieles con que confeccionaba su indumentaria. Además de caza, comía frutos silvestres, frutos secos y vegetales. Cualquiera otra cosa que necesitara, como sal, ropa de lana, un hacha o un cuchillo nuevo, tenía que robarla.

Lo peor fue cuando nació Jack.

Tom quiso saber entonces qué había pasado con el francés. ¿Era el padre de Jack? Y en tal caso, ¿cuándo y en qué circunstancias había muerto? Pero por la expresión de ella comprendió que no estaba dispuesta a hablar de aquella parte de la historia y daba la impresión de ser una persona a la que nadie podría persuadir en contra de su voluntad, de manera que Tom decidió no preguntar nada.

Para entonces su padre había muerto, y sus hombres se dispersaron de tal manera que a ella ya no le quedaban parientes ni amigos en el mundo. Cuando Jack estaba a punto de nacer, ella hizo una hoguera en la boca de la cueva, para que se mantuviera encendida durante toda la noche. Tenía comida y agua a mano, así como un arco, flechas y cuchillos para protegerse de los lobos y de los perros salvajes. Incluso disponía de una pesada capa roja que había robado a un obispo para envolver con ella al recién nacido. Pero para lo que no estaba preparada era para el dolor y el miedo de dar a luz, y durante mucho tiempo creyó que se moría. Sin embargo, el niño nació saludable y vigoroso, y ella sobrevivió.

Durante los once años siguientes, Ellen y Jack llevaron una vida sencilla y frugal. El bosque les daba cuanto necesitaban siempre que anduvieran con cuidado y almacenaran suficientes manzanas, nueces y venado ahumado o en salazón para los meses de invierno. Ellen pensaba a menudo que si no hubiera reyes, señores, arzobispos ni sheriffs, todo el mundo podría vivir de esa manera y ser perfectamente feliz.

Tom le preguntó cómo se las arreglaba con los demás proscritos, con hombres como Faramond Openmouth. ¿Qué pasaría si la sorprendieran por la noche e intentaran violarla?, se preguntaba al tiempo que la idea hacía que sintiera un estremecimiento de deseo, aun cuando él jamás hubiera poseído a una mujer contra su voluntad. Ni siquiera a la suya.

Ellen, mirando a Tom con aquellos ojos claros y luminosos, le dijo que los otros proscritos le tenían miedo, y al instante él imaginó el motivo. Creían que era una bruja. En cuanto a las personas cumplidoras de la ley, personas que sabían que podían robar, violar o asesinar a un proscrito sin miedo al castigo, Ellen se limitaba a evitarlas. Entonces, ¿por qué no se había ocultado de Tom? Porque había visto a una niña herida y había querido ayudar. Ella también tenía un hijo.

Había enseñado a Jack todo lo que había aprendido en casa de su padre sobre armas y caza, y también todo cuanto le habían enseñado las monjas: a leer y escribir, música y números, francés y latín, cómo dibujar, incluso historias de la Biblia. Finalmente, durante las largas noches invernales le había transmitido todo el legado del muchacho francés que sabía más historias, poemas y canciones que cualquier otro en el mundo.

Tom no creía que un niño como Jack supiera leer y escribir. Él podía escribir su nombre y unas pocas palabras como «peniques», «metros» y «litros». Agnes, que era hija de un hombre de iglesia, sabía algunas más, aunque escribía lentamente y con dificultad, sacando la lengua por la comisura de la boca. Alfred, en cambio, no sabía escribir

una sola palabra y apenas era capaz de entender su propio nombre, y Martha ni siquiera sabía eso. ¿Era posible que aquel muchacho medio tonto supiera más que toda la familia de Tom?

Ellen le dijo a Jack que escribiera algo, y el chico alisó la tierra y garrapateó unas letras. Tom reconoció la primera palabra, «Alfred», aunque no las otras, y se sintió un estúpido. Ellen puso fin a aquella situación embarazosa leyendo en voz alta toda la frase: «Alfred es más alto que Jack.» Luego el muchacho dibujó rápidamente dos figuras, una más grande que la otra, y aunque ambas eran muy toscas, una tenía los hombros anchos y una expresión más bien bovina y la otra era pequeña y tenía una mueca sonriente. Tom, que por su parte tenía una gran facilidad para el dibujo, quedó asombrado ante la sencillez y vigor de aquellos dibujos.

Pero aun así el muchacho parecía idiota.

Ellen, como si hubiera adivinado los pensamientos de Tom, confesó que había empezado a darse cuenta de ello. Jamás había tenido la compañía de otros niños o de otro ser humano a excepción de su madre, y el resultado era que estaba creciendo como un animal salvaje. Pese a todos sus conocimientos no sabía cómo comportarse con la gente. Ése era el motivo de que guardara silencio, se quedara mirando fijamente o arrebatará las cosas.

Mientras hablaba, la mujer parecía vulnerable por primera vez. Había desaparecido aquella inquebrantable seguridad en sí misma y Tom advirtió que estaba inquieta, casi desesperada. Por el bien de Jack tenía que incorporarse de nuevo a la sociedad, pero ¿cómo? De ser un hombre habría podido convencer a algún señor de que le concediera una granja, sobre todo si le mentía de manera convincente diciéndole que acababa de regresar de peregrinación a Jerusalén o Santiago de Compostela. También había algunas mujeres granjeras, pero invariablemente eran viudas con hijos mayores. Ningún señor daría una granja a una mujer con un hijo pequeño. Nadie en la ciudad ni en el campo la contrataría como trabajadora. Además, no tenía

dónde vivir, y rara vez se ofrecía vivienda cuando se trataba de un trabajo para el que no se requería especialización alguna. En definitiva, no tenía identidad.

Tom sintió lástima por ella. Había dado a su hijo cuanto podía, pero no era bastante. No veía solución a su dilema. Pese a ser una mujer hermosa, con recursos y realmente formidable, estaba condenada a pasar el resto de su vida escondiéndose en el bosque con su extraño hijo.

Finalmente volvieron Agnes, Martha y Alfred. Tom miró ansioso a la niña, a quien todo lo que parecía haberle ocurrido era que le hubiesen lavado a conciencia la cara. Durante un rato Tom se había sentido absorto por los problemas de Ellen, pero en aquel momento se enfrentó de nuevo con su propia situación. Estaba sin trabajo y les habían robado el cerdo. Empezaba a anochecer.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó Ellen.

—A Winchester —respondió Tom. Winchester tenía un castillo, un palacio, varios monasterios y, lo más importante, una catedral.

—Salisbury está muy cerca —observó Ellen—, y la última vez que estuve allí estaban ampliando la catedral.

A Tom se le aceleró el corazón. Aquello era lo que estaba buscando. Si lograba encontrar trabajo en el proyecto de construcción de una catedral se creía con capacidad suficiente para llegar a ser maestro constructor.

—¿Por dónde se va a Salisbury? —preguntó ansioso.

—Tendréis que retroceder cinco o seis kilómetros por el camino por el que habéis venido. ¿Recuerdas la encrucijada en que cogisteis a la izquierda?

—Sí, junto a una charca de agua estancada.

—Eso es. El camino de la derecha lleva a Salisbury.

Se despidieron. A Agnes no le gustó Ellen, pese a lo cual le dijo con amabilidad:

—Gracias por ayudarme a cuidar de Martha.

Ellen sonrió y permaneció pensativa cuando se alejaron.

Después de caminar unos minutos, Tom volvió la cabeza. Ellen seguía allí, observándolos, de pie en el camino, con las piernas separadas, protegiéndose los ojos con la mano. Junto a ella se encontraba aquel peculiar muchacho. Tom la saludó con la mano y ella le devolvió el saludo.

–Una mujer interesante –le comentó Tom a Agnes. Agnes no respondió.

–Ese chico es muy extraño –añadió Alfred.

Caminaron bajo el sol otoñal, que ya se ponía en el horizonte. Tom se preguntaba cómo sería Salisbury. Nunca había estado allí. Claro que su sueño era el de construir una catedral nueva desde sus cimientos, pero eso casi nunca ocurría. Era mucho más corriente encontrarse con una vieja construcción que estaba siendo mejorada, ampliada o reedificada en parte. Pero a él le bastaría con eso siempre que ofreciera la posibilidad de intervenir de acuerdo con sus proyectos.

–¿Por qué me golpeó ese hombre? –preguntó Martha.

–Porque quería robarnos el cerdo –le contestó Agnes.

–Debería tener su propio cerdo –dijo indignada Martha, como si sólo entonces cayese en la cuenta de que el proscrito había hecho malo.

El problema de Ellen estaría resuelto si supiera algún oficio, pensó Tom. Un albañil, un carpintero, un tejedor o un curtidor jamás se hubiera encontrado en la situación de ella. Él siempre podía ir a una ciudad y buscar trabajo. Había algunas mujeres artesanas, pero en general eran esposas o viudas de artesanos.

–Lo que esa mujer necesita es un marido –dijo Tom en voz alta.

–Tal vez, pero no el mío –replicó Agnes con tono resuelto.

3

El día que perdieron el cerdo fue también el último del buen tiempo. Aquella noche la pasaron en un granero, y al